

CRONICA ECONOMICA

POR

JOSE LUIS SAMPEDRO

LUCES EN LONDRES.

EL día 2 de abril se encendieron en Londres otra vez los anuncios luminosos y los focos urbanos que apagó la guerra en septiembre de 1939. El *Times*, que registra la aparición en los bosques ingleses del primer cuco de cada año, heraldo de la primavera, nos dice que en la capital se congregaron apretadas multitudes para admirar otra vez su ciudadano cielo, rasgado de brillantes líneas multicolores. Creemos que no sería sólo un boquiabiertismo de pucblerinos ante pirotecnia lo que atraería a las gentes, sino que habría también una sensación de retorno y de alivio, un reconocimiento de la ciudad de antes. Y de reconocer la ciudad «de antes» a sentirse en los tiempos «de antes» sólo hay una distancia tan pequeña como deseable de salvar.

Contra ese salto en el tiempo se oponen, sin embargo, muchas cosas. No es 1919 como 1949, y la generación que logró salvar sus ilusiones a través de la primera guerra y que siguió creyendo en haber vuelto a lo normal, hasta la crisis iniciada en 1929, dudosamente podrá pensar ahora que ha vuelto a suceder lo mismo. Ni por los acontecimientos ni por su propio estado de ánimo. Y, no obstante, esas gentes se han reunido, creemos, dando una trascendencia especial a esas luces recobradas. Como si en el navío de Europa se hubiera encendido también, además de las técnicas y reglamentarias luces de posición, otra muy distinta, una lámpara emotiva y conmovedora como la de la ventana de un comedor familiar.

En ciertos aspectos, Europa tiene motivos para encender luminarias, aparte del hecho mismo de poder encenderlas, lo que no es poco digno de celebrar, si bien se mira. Pocos días después—el 14 de abril—del acontecimiento por el que nos hemos metido en esta crónica, el Congreso norteamericano aprobaba los créditos para el segundo año del Programa de Reconstrucción Europea: 5.430 millones de dólares, sin contar 150 millones de dólares más, utilizables para otorgar garantías de convertibilidad monetaria a las inversiones privadas norteamericanas en Europa. Estas sumas habrán de durar hasta el 30 de junio de 1950, para coincidir con el fin del año fiscal norteamericano, por lo que este segundo período anual del Plan Marshall tendrá, en realidad, quince meses.

La aprobación de los créditos ha requerido largos debates y discusiones, e incluso ha provocado discrepancias entre las Cámaras. Sin pretender detallarlas demasiado, vale la pena consignar que las propuestas de la Administración a los cuerpos legislativos ascendían a 1.150 millones para el trimestre abril-junio del corriente año, 4.280 millones para los doce meses siguientes y otros 150 millones destinados a garantizar el pago de las mercancías norteamericanas que, con cargo al Plan Marshall, se entregaran a sus destinatarios europeos después de terminados dichos doce meses. Las enmiendas relativas a esas cantidades fueron muy numerosas, pero, con todo, las cifras propuestas resultaron ampliamente aprobadas por el Senado. La Cámara de Representantes, sin embargo, introdujo diversas modificaciones y fué preciso resolver las discrepancias, constitucionalmente, en un Comité integrado por miembros de ambas Cámaras. El resultado ha sido el indicado más arriba, que sólo difiere de la propuesta presidencial en el distinto destino dado a los 150 millones suplementarios para garantía.

Ya se cuenta, por tanto, con los fondos para un año más, pues si bien el voto de esa ley, por sí solo, no autoriza a la Administración del Plan para otorgar los distintos créditos concretos, basta para conseguir los dólares necesarios, en forma de créditos que legalmente puede facilitar a la Administración de Cooperación Económica la «Reconstruction Finance Corporation» norteamericana. Y esta seguridad del auxilio transatlántico hubiera sido un buen motivo para el regocijo londinense, porque los 5.055 millones otorgados para el primer período del Plan Marshall estaban ya prácticamente agotados cuando el Congreso yanqui votó la ley a que nos referimos.

Otro motivo sin duda más importante, porque la continuación del Plan era de esperar aunque quedaran por concretar las cifras, lo fué el Pacto del Atlántico, suscrito en Washington el 4 de abril. Prescindiendo aquí de su importancia política, y aun sin olvidar hasta qué punto un clima de mayor seguridad contra las agresiones constituye un activo económico, es preciso recoger el hecho de que el Pacto representará sin duda nuevos créditos a Europa, para fines militares, comparables en cierto modo a lo que fué el régimen de Préstamos y Arriendos. Es cierto que, según declaraciones de Acheson a los pocos días, los créditos se hubieran otorgado aún sin firmarse el Pacto (como se hizo en los precedentes de Grecia y de Turquía), pero no cabe duda de que la firma de Washington facilita la organización del sistema.

De los doce países firmantes, ocho presentaron ya, antes de pasar una semana, su petición de auxilio financiero para un programa de defensa común: Bélgica, Dinamarca, Francia, Gran Bretaña, Holanda, Italia, Luxemburgo y Noruega. La concesión de esos fondos—que, tras una importante reunión, celebrada en Washington el 21 de abril, valoró el senador Connally en 1.130 millones de dólares—está encontrando en Estados Unidos fuertes sectores contrarios en la opinión. Sus argumentos, que algún comentarista ha presentado como la nueva faz del aislacionismo norteamericano, van desde consideraciones estratégicas (que fían más la seguridad del país a los B-36 portadores de bombas atómicas que al armamento de Europa) hasta argumentos económicos, tanto por las repercusiones que se atribuyen en la propia Norteamérica a un aumento de los gastos militares, como al temor de que el rearme europeo entre en conflicto con la propia reconstrucción económica de nuestro continente. Sin embargo, en este último sentido, que es el que nos interesa, parece que desde el primer momento se han empezado a adoptar las necesarias precauciones, como lo prueba la asistencia de Averell Harriman—embajador extraordinario para la aplicación del Plan Marshall—a la importante reunión, antes aludida, sobre los créditos militares, y la terminante declaración de Acheson, según la cual se dará absoluta prioridad a los planes de reconstrucción económica y, en especial, al Plan Marshall.

PERO LA LIBRA ESTERLINA...

Si las anteriores son piedras blancas, no han dejado de aparecer en los meses de abril y mayo, piedras negras en la urna. La recién

iluminada City londinense las contempla bien de cerca, en relación con el problema del tipo de cambio oficial entre la libra y el dólar, así como sus consecuencias y derivaciones.

Ya desde nuestra primera crónica subrayábamos que el progreso de Europa en el terreno monetario y comercial no había sido tan notable, en los últimos meses, como en el aspecto productivo y real de la economía. Con este motivo se plantea, cada vez con más insistencia, la necesidad de un reajuste más realista de los tipos de cambio de las divisas europeas y especialmente de la libra esterlina, divisa ésta más atacada como «supervalorada», no sólo por su importancia en el conjunto de las monedas de Europa, sino también porque ha sido la única destacada que se ha negado sistemáticamente a rendir tributo a la devaluación.

Y lo importante es que ya no es únicamente el mundo financiero norteamericano, ni siquiera Harriman o Snyder, quienes critican la excesiva valoración oficial de la libra. Lo digno de mención es que, en los últimos días de mayo, ha sido ya M. Spaak, como Presidente de la Organización Europea de Cooperación Económica, quien se ha trasladado a Londres para discutir con Sir Stafford Cripps el tema del reajuste de los tipos de cambio europeos, como paso para lograr la interconvertibilidad de esas monedas y el estímulo del comercio, que no parece haber resuelto definitivamente—según los últimos informes—el Acuerdo de Pagos y Compensaciones Intereuropeas, de octubre de 1948. Y lo importante, sobre todo, es que un vasto sector financiero británico opina también en favor de la devaluación de su divisa.

Se afirma, incluso, que el propio Sir Stafford Cripps comparte esa opinión, desde un punto de vista personal, y que sus técnicos le aconsejarían acceder a tales propuestas, siempre que a la vez se reajustaran las demás monedas europeas y se revaluara el oro (lo que equivaldría a devaluar también el dólar). Pero el gran argumento inglés en contra de la devaluación de la esterlina está en que encarecería la vida en el país, y la fuerza de este argumento es no tanto económica cuanto política, puesto que todo el peso de los sindicatos milita en contra de ese encarecimiento, según hicieron saber al Canciller del Exchequer, por los mismos días de la visita de Spaak, los dirigentes de las Trade Unions, después de haber examinado conjuntamente la situación en una conferencia especial.

Ahora bien, aunque la situación interior de la libra ha mejorado, por una serie de factores que sería largo enumerar aquí, el problema de la balanza de pagos parece agravarse, después de un progreso que hizo que, en los tres primeros meses de este año, las exportaciones llegaran a cubrir el 88 por 100 de las importaciones, contra el 73 por 100 únicamente en los tres primeros meses de 1948. En efecto, en el mes de abril las exportaciones presentaron una baja de 22 millones de libras respecto del mes anterior, según anunció el presidente del Board of Trade, Harold Wilson, reconociendo al propio tiempo (aunque parte de la baja se explica por motivos circunstanciales) que se tropezaría cada vez con mayores dificultades para exportar, dado que la competencia internacional se intensifica al aumentar la producción en todas partes, y que los altos precios británicos y la mayor rigidez estructural de su economía dificultan la adaptación a las nuevas circunstancias. En consecuencia, el mantenimiento artificial del valor de la libra puede costarle a Inglaterra, a través de la balanza de pagos, un precio tan gravoso de pagar como el propio encarecimiento de la vida que se atribuye a la devaluación. Aparte de que si ahora se devaluase—y éste es uno de los últimos argumentos de la City—el encarecimiento de los productos importados quedaría en parte compensado por la marcada baja de precios en los mercados mundiales de algunos productos básicos, sobre todo en el área del dólar.

DEL EMPRÉSTITO AL DÉFICIT EN FRANCIA.

También en Francia la situación empezó a presentar nuevas dificultades en estos meses aunque, justamente al escribir estas líneas, acabe de ganar una nueva victoria ese sorprendente Gobierno Queuille al que tan poca vida prometían todos cuando subió al Poder el verano pasado. Cuando las Cámaras interrumpieron sus sesiones en abril para disfrutar su vacación de Pascuas, todo era júbilo en las orillas del Sena y el feliz empréstito de M. Petsche, al que aludíamos en nuestra crónica anterior, había logrado crear un ambiente de gran optimismo, en buena parte justificado. Al regreso, sin embargo, unas cuantas nubes habían invadido el horizonte presupuestario: gastos militares sostenidos en Indochina, gastos de seguridad social mayores de los esperados, malos resultados financieros en algunas empresas nacionalizadas, especialmente los ferrocarriles. En definitiva, un déficit de unos 82.000 millones de francos. Sería simplista pen-

sar que todo había cambiado de blanco a negro en pocos días y, en realidad, el pesimismo no estaba justificado, pero es el caso que las medidas financieras propuestas por el Gobierno (economías presupuestarias, reforma de empresas nacionalizadas, arbitrio de nuevos recursos y otras), especialmente el aumento del precio de la gasolina; encontraron oposición en las Cámaras y obligaron al Gobierno a plantear la cuestión de confianza, en la que, al fin, venció M. Queuille, logrando hacer aprobar una fórmula de transacción, que entrará en vigor el primero de junio y que únicamente encarece la gasolina para los servicios considerados como no esenciales.

En los demás aspectos, Francia sigue presentando una satisfactoria evolución económica, patente en las últimas medidas sobre el cambio exterior, en virtud de las cuales y de la progresiva revaluación del franco, han quedado tan próximos el cambio oficial del dólar y el cotizado en el mercado libre, que muchos empiezan a hablar de no lejana estabilización monetaria.

HACIA LA NUEVA ALEMANIA.

Dé las riberas del Támesis hemos pasado a las del Sena. Entre tanto, a orillas del Rhin y después de los acuerdos de Washington, ha nacido una República federal alemana y se ha aprobado, el 8 de mayo, una Constitución. Acontecimiento político, sí, pero de obvia trascendencia económica. Además, y como primera aplicación de la política sobre Alemania formulada en los citados acuerdos de Washington, los gobernadores militares americano, británico y francés firmaron el 13 de abril dos acuerdos técnicos relativos a los desmantelamientos de fábricas y a las industrias prohibidas o limitadas, respectivamente.

El primero de dichos acuerdos se pronuncia sobre las recomendaciones del Comité Humphreys, al que nos referíamos en nuestra crónica anterior, y eleva la capacidad de producción anual de acero de la Trizona a 13,5 millones de toneladas, si bien sólo se autoriza la obtención de 11,1 millones en virtud del segundo acuerdo (antes el límite máximo era de 10,7 millones), que además levanta algunas restricciones de fabricación. Aunque los alemanes no han reaccionado con gran entusiasmo, basta comparar esta nueva actitud con la de 1945 para apreciar la importancia de las concesiones, aparte de que éstas se consideran por los aliados como medidas de transición hacia un régimen aún más favorable.

Mientras en la zona de fricción balcánica Tito sigue atrayendo la ira soviética y la admiración de comunistas nacionalistas (como lo prueban los acontecimientos búlgaros a primeros de abril y las denuncias de «titoismo» en otros países orientales), la esfera rusa sigue organizando su economía, al propio tiempo que ofrece tender la mano a los occidentales y va dirigiendo China. El Consejo para la Mutua Ayuda Económica («Comecon»), a cuya creación nos referíamos en la pasada crónica, se reunió secretamente en Moscú a primeros de mayo y, según parece, se ocupó de la organización común de la producción en los diversos países adheridos y de la coordinación de sus programas a corto plazo. Por otra parte, la U. R. S. S. y Suecia firmaron en abril un protocolo comercial para regular sus intercambios dentro del acuerdo de 1946, y se iniciaron otras negociaciones comerciales con la Gran Bretaña.

Finalmente, la U. R. S. S. emitió, como en años anteriores desde 1946, su «empréstito de primavera» para el plan de reconstrucción y expansión de la economía nacional. La invitación a los ciudadanos soviéticos fué lanzada inmediatamente después de las fiestas del primero de mayo, y el empréstito, de 20.000 millones de rublos, será amortizable en veinte años y tiene como atractivo el de presentar una cierta combinación con la lotería, puesto que dos veces al año se harán sorteos para reembolsar una tercera parte de los títulos de 100 rublos, por cantidades mayores, que van de 200 a 50.000 rublos para cada uno.

COOPERACIÓN ECONÓMICA.

Y, volviendo a Londres, fué también el escenario de la conferencia del Commonwealth, de gran importancia para la economía imperial, y de la Conferencia Económica del Movimiento Europeo, reunida para discutir los problemas económicos de la Unión Europea.

Aunque esa última reunión tuvo innegable interés, los más realistas propósitos de la Conferencia inaugurada en Annecy, durante la segunda semana de abril, nos llevan a dicha ciudad de la Saboya francesa. En ella se reunieron los veintitrés países firmantes del Acuerdo general sobre aranceles y aduanas, suscrito en Ginebra en octubre de 1947, para seguir estudiando estos problemas y preparar el ingreso, en el Acuerdo general, de una docena de países que lo han solicitado.

Entre tanto, la Organización europea de Cooperación Económica, después de reelegir presidente a Spaak, se prepara para nuevas tareas y, especialmente, para perfeccionar, según parece, el Acuerdo de Pagos y Compensaciones Intereuropeo de octubre pasado. Si a esto se suman otros acontecimientos, ya principalmente políticos, como los progresos para llevar a la realidad el Consejo de Europa, ya más bien económicos, como la reanudación de las relaciones comerciales franco-suizas, desagradablemente interrumpidas durante unas semanas, se podrán celebrar con ánimo no pesimista los anuncios luminosos que en Londres ensalzaban el «Bovril» o la proyección de «Joan of Arc». Si en la nave europea no hay iluminaciones venecianas se distinguen, por lo menos, lámparas que asisten y animan al trabajo.

José Luis Sampedro.
Alberto Aguilera, 5.
MADRID (España).